

Locura de amor.

Folly of love.

Héctor Pérez-Rincón¹

RESUMEN

Se trata de una exploración psichistórica inicial en relación a aspectos biográficos, descripción y características clínicas de la historia de la Emperatriz Carlota de México, esposa del Emperador Maximiliano que encabezara la breve experiencia monárquica en México, bajo la tutela de Napoleón III de Francia, hacia la sexta década del Siglo XIX. Carlota experimentó sus primeros síntomas de psicosis aguda durante un viaje a Europa del que jamás retornó a México y falleció a los 87 años. Se describen síntomas recogidos de estudios históricos en diversos momentos, de correspondencias diversas y del contexto de la época, y se formulan hipótesis etiopatogénicas. Desde ciertas perspectivas el diagnóstico de esquizofrenia puede parecer pertinente aunque de ninguna manera cubriría el drama existencial (humano, interpersonal, político y hasta genéticamente determinado) de este trágico personaje.

PALABRAS CLAVE: Diagnóstico, trastornos psicóticos, esquizofrenia.

SUMMARY

A psychohistorical exploration is attempted of biographical aspects, clinical description and characteristics of the story of Carlota of Mexico, wife of the Emperor Maximiliano, leader of the brief monarchy period in Mexico under the tutelage of Napoleon III of France, around the sixth decade of the 19th Century. Carlota experienced her first acute psychotic symptoms during a trip to Europe from which she never returned to Mexico, dying in 1927 at age 87. Symptoms gathered from different sources (historical studies from different periods, several pieces of correspondence, and the social context of the epoch) are described and discussed, and etiopathogenic hypotheses are formulated. From certain perspectives, the diagnosis of schizophrenia may seem pertinent even though it would never cover the totality of the existential (human, interpersonal, political and even genetically determined) drama of this tragic character.

KEY WORDS: Diagnosis, psychotic disorders, schizophrenia.

Carlota. -*Ahora tengo que callar. He hablado demasiado. Ahora todos conocen mi pensamiento. No es verdad, nadie lo conoce, ¡nadie puede conocerlo! ¡Traed luces!*

El Alienista sale y regresa a su vez con un tercer candelabro de cuatro velas. Él, la Dama de honor y el Chambelán conservan sendos candelabros en la mano mientras observan y rodean a la Emperatriz.

Carlota. -*Es una cosa que sólo sabemos nosotros, nosotros, nosotros. ¿Quiénes somos nosotros?*

(Rodolfo Usigli. *Corona de sombra*. Acto III. Escena I)

¹ Profesor de Psicopatología y de Historia de la Psiquiatría. Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México. Académico Titular. Academia Nacional de Medicina de México. Director-Editor de SALUD MENTAL. Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, Mexico DF, Mexico.

INTRODUCCIÓN

Cuando recibí la gentil invitación del profesor Renato D. Alarcón para participar en el volumen especial que celebra el LXXV aniversario de la fructífera existencia de la *Revista de Neuro-Psiquiatría* de Lima, orgullo de la bibliografía médica Latinoamericana e hispanoparlante, consideré que mi homenaje a la revista hermana mayor y a la muy ilustre psiquiatría peruana podría muy bien ser el texto que estaba preparando para un momento muy especial: la reflexión sobre un caso clínico hasta ahora no bien resuelto, a la luz de la psichistoria y de la muy reciente aparición de documentación a la que no tuvieron acceso mis predecesores historiadores y psiquiatras. Un enfoque psichistórico como el ilustrado por el profesor Alonso-Fernández en el que los elementos psichobiográficos se articulan con el estudio del entorno social dentro del que adquieren su verdadera dimensión. El título, que a primera vista parecería digno más bien del discurso médico del siglo XVII (Pienso en Jacques Ferrand l'Agenais, Robert Burton, Arnau de Vilanova y Juan Paniagua) o de una publicación de alienistas del siglo XIX que de modernos seguidores de la *Biological Psychiatry* imperante en el XXI, recordará sin duda, a los miembros supérstites de mi generación, una famosa película española de ese título ("Locura de amor", de 1948, dirigida por Juan de Orduña a partir de la novela homónima de Manuel Tamayo y Baus, de 1885, con un famoso reparto: Aurora Bautista como Juana la Loca, Fernando Rey como Felipe el Hermoso, con la participación de un gran elenco de actores de la época (Sara Montiel, Jorge Mistral, etc.) sobre otra desdichada princesa psicótica: Doña Juana de Castilla, llamada "la Loca". En ambos casos, en el de la madre de Carlos V y en el que ahora presento, se invocó durante mucho tiempo el dolor producido por la temprana muerte de sus jóvenes y muy amados esposos, como un factor etiológico de sus respectivos desarreglos mentales.

Otros colegas pensarán, tal vez que, con semejante título, el autor sostiene más bien la estética de la *concierge* de Cocteau: "*No, Monsieur, pour moi le théâtre c'est une reine qui a des malheurs*".

El caso clínico

El caso de María Carlota Amalia Victoria Leopoldina de Sajonia Coburgo y Orleans Borbón Dos Sicilias (1840-1927), la desdichada princesa de Bélgica, archiduquesa de Austria, emperatriz

de México, dista mucho de las banales historias de las "*royals*" que llenan las "revistas del corazón" contemporáneas, o de la almibarada serie de películas sobre Sissi (su concuñada y otro caso psiquiátrico poco estudiado) protagonizada por la bella Romy Schneider. Se trata de un personaje que desempeñó un papel no desdeñable en un momento de la turbulenta historia mexicana del siglo XIX: el fugaz Segundo Imperio (1863-1867) instaurado por Napoleón III bajo el apoyo del ejército francés. En efecto, la biografía de Carlota ha dado tema a historiadores, novelistas, dramaturgos y cineastas. Los primeros han escrito miles de páginas sobre ese periodo y su enfoque ha sido guiado por la ideología personal de cada uno (1); los segundos han tenido "mucho tela que cortar" y han echado a volar su fantasía para sacar ventaja, con más o menos éxito y verosimilitud, de la vida de una joven muy inteligente y preparada a quien la fortuna le ofrece una corona pero a la cual las desdichas maritales y políticas la sumen durante larguísimos años en una "locura" que la medicina no ha podido aclarar. Los cineastas, finalmente, se encarnizaron con el personaje y lo hicieron naufragar, inmerecidamente, en un mar de cursilería ramplona.

Pero, en última instancia, se preguntarán otros, ¿qué interés podrá tener para la medicina mental contemporánea el estudio de este decimonónico caso principesco? ¿No es acaso el estudio de la genealogía un *hobby* de anancásticos? Pues no necesariamente. La genealogía, disciplina auxiliar de la historia, "ocupada en averiguar el linaje de la gente de sangre azul", como la calificó un distinguido historiador mexicano, ha pasado a ser un precioso instrumento de investigación científica cuyos trabajos sirven de apoyo a múltiples disciplinas: la demografía, la etnografía, la sociología, la genética, e incluso las matemáticas.

Estos estudios genealógicos fueron, pues, los primeros que brindaron a médicos e historiadores la posibilidad de establecer un vínculo entre determinadas conductas patológicas, por un lado, y la situación que ocupaba un sujeto dentro de un linaje, por otro. Los individuos sobre los cuales se podía seguir esta línea de herencia eran aquellos que, en virtud de su relieve social, habían sido objeto de observación detallada por parte de los historiadores y los cronistas. Este modelo natural tuvo relevancia para la psiquiatría por el hecho de que, desde tiempos medievales, se habían introducido una serie de genes ligados a la patología mental dentro de las dinastías europeas entre las que se practicó, además, durante largo tiempo, una intensa endogamia (2). Así, en

el caso de Doña Juana de Castilla es fácil rastrear, hacia atrás, la carga genética de su abuela psicótica Doña Isabel de Portugal, de la Casa de Aviz, y hacia adelante los casos de tres de sus bisnietos (Don Carlos de España, Don Sebastián de Portugal y Rodolfo II de Habsburgo) de cuyas desgracias genético-clínicas se ocuparon historiadores, médicos y poetas. Otro personaje, tres generaciones después de éstos últimos, Don Carlos II, “El hechizado”, ha sido objeto en 2009 de una ejemplar y elegante investigación médica, genealógica, genética y matemática por parte de tres investigadores de Santiago de Compostela, apoyándose en lo mencionado párrafos arriba (3).

En el caso que nos ocupa la filiación psicótica es, empero, bastante más difícil de establecer. Ciertamente su padre, el rey Leopoldo I, fue un hombre taciturno y melancólico, lo que no le impidió desempeñar con cierto brillo su papel; su hermano, Leopoldo II, con todos sus defectos, no puede considerarse psicótico *strictu sensu* (famoso esclavista y colonialista cuyas hijas, horrorizadas por su conducta, cortaron todo vínculo con él tras ver que era inútil el auxilio que solicitaron al cardenal Mercier, primado de Bélgica, para refrenarlo). En su muy documentado libro “La huella perenne. Las enfermedades mentales en mil doscientos años de patografía y sucesión” (4), el psiquiatra venezolano Francisco Herrera Luque coloca a Carlota de México como “el último eslabón” de un pedigrí al que dedica su Estudio No. 1: “De Pedro el Cruel a Carlota de México (1320-1927)”, lo que resulta a todas luces un lapso desmesurado para cualquier abordaje médico del fenómeno de la herencia. En este caso el autor se limita, no obstante, a seguir a pie juntillas el diagnóstico planteado por Antonio Vallejo Nágera en “Locos egregios” (5): esquizofrenia (hay que recordar que hay dos libros con el título de “Locos Egregios”, el de Antonio Vallejo Nágera, de 1946, y el de su hijo Juan Antonio Vallejo-Nágera, de 1977. Aunque el segundo dedica el suyo a su padre ambas obras difieren tanto entre sí como la personalidad y trayectoria profesional de cada uno de ellos) Herrera Luque sintetiza en su libro la conocida historia clínica que describió el infame psiquiatra franquista en el suyo, para apoyar su diagnóstico:

La enfermedad de la bellísima emperatriz se manifiesta a los veintiséis años (1866). Carlota ha ido a Europa a solicitar ayuda para su imperial marido, amenazado gravemente por las huestes de Juárez. Durante su estada en la capital francesa se le nota angustiada, insomne, con la mirada francamente extraviada. En una entrevista con Napoleón III sale convencida de que ha sido traicionada, y de que

conspiran contra ella. En otra de estas entrevistas, Carlota pierde por completo el control e insulta al emperador. Aquel trata de darle una poción calmante, pero ella la rechaza espantada, acusándolo de que trata de envenenarla. Trasladada a su hotel, cae en un estupor catatónico. Se niega a pronunciar palabra y a ingerir alimentos. Más tarde pasa a Italia donde es recibida por el Papa. Delante del Sumo Pontífice es presa de un acceso de furor. Trata de vomitar porque dice que la han envenenado. Acusa a Napoleón, a Eugenia y al Papa Pío IX. Posteriormente se conduce de igual manera frente al rey Víctor Manuel. Desde entonces hasta su muerte, en 1927, no la abandonará jamás la esquizofrenia. Murió en el Castillo de Teveuren (Bélgica) a la avanzada edad de ochenta y siete años.

Es necesario aclarar que Carlota no era precisamente “bellísima”, lo que no ayuda, por otra parte, para el diagnóstico. El derrumbe del imperio de Maximiliano I se debió a la poca popularidad que el proyecto de realeza despertó en la población mexicana y al abandono del ejército francés por no convenir más a Napoleón III esa insensata empresa. Las “huestes” de Juárez como las califica muy despectiva y explicablemente Vallejo Nágera, eran el ejército mexicano y la guerra de guerrillas, un verdadero movimiento popular como ocurriría en el siglo XX en Argelia y Vietnam. El partido conservador, por su lado, que había ofrecido esa corona al archiduque (la prensa europea lo llamó desde un principio el *archidupe*: el archiengañado) y había convencido a los emperadores franceses de la viabilidad del proyecto, se había decepcionado muy pronto de Maximiliano y de Carlota por ser éstos bastante más liberales de lo que se hubiera esperado. Maximiliano no derogó las Leyes de Reforma del gobierno liberal republicano, no regresó a la Iglesia las propiedades expropiadas ni dio marcha atrás en la secularización administrativa, por lo que el Nuncio Apostólico abandonó furioso el país. Por su lado, Carlota descubrió con gran lucidez el entramado político de su nuevo país, señaló los abusos del clero y declaró que el Nuncio y los obispos mexicanos “eran sus enemigos” y que su marido, con todas sus buenas intenciones, nunca iba a poder competir con el apoyo popular de Benito Juárez (6,7). Ciertamente era necesario ir a Europa a parlamentar con Napoleón III para intentar convencerlo de que su ejército no abandonara a Maximiliano rompiendo los convenios establecidos, pero había otro elemento que la obligaba a abandonar México: Carlota estaba embarazada, y no de su imperial esposo. Los liberales lo sabían. Vicente Riva Palacio, militar y escritor, compuso su famoso poema “Adiós mamá Carlota”:

I

*“Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares
Botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.”*

II

*“De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y del traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.”*

III

*“Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes,
Agítanse los frailes
En fuerza de dolor.
La chusma de las cruces
Gritando se alborota.
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.”*

IV

*“Murmuran sordamente
Los tristes chambelanes,
Lloran los capellanes
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota:
Adiós, mamá Carlota;
Adiós, mi tierno amor.”*

V

*“Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota;
Adiós, mi tierno amor.”*

Riva Palacio describe en pocas líneas la atmósfera de derrota que rodea la partida de Carlota y que se sellaría con el fusilamiento de Maximiliano, en Querétaro, el 19 de junio de 1867. Carlota había

hecho todo lo posible por convencerlo de no abdicar y de permanecer en su nuevo país contra viento y marea. A pocos minutos del patíbulo, su compañero de desgracia el general Miguel Miramón le dijo al emperador: “-Estoy aquí por no haber seguido el consejo de mi esposa”, a lo que Maximiliano le respondió: “-Pues yo estoy aquí por haber seguido el de la mía”. En sus Memorias, la viuda de Miramón –que acusaba a Carlota, no sin cierta razón, de ser la causa de la temprana muerte de su adorado esposo– plantea una difundida opinión de la época sobre el desvarío de ésta: “Probablemente los grandes estudios que había hecho esta señora, que son superiores a la capacidad de la mujer, lastimaron su cerebro. Unido a esto su gran orgullo, el ver que se desplomaba el trono al que había subido determinó la completa descomposición de su naturaleza y, poco antes de la caída del Imperio, perdió el juicio” [citada por Zamora en su Prólogo a Van Ypersele (8)]. Otra teoría etiológica, completamente novelada e inverosímil, es la que pretende postular que la causa de ese cuadro mental fue la ingestión del hongo *teyhuinti* que le habría prescrito una curandera indígena partidaria de Juárez a la que la emperatriz consultó esperando encontrar en la herbolaria tradicional un remedio para su esterilidad. Otro producto vegetal invocado ha sido el “toloache” (*datura innoxia*). Los síntomas agudos o crónicos de la intoxicación con ambas plantas son muy diferentes a los observados en el cuadro psicótico de nuestro personaje.

Secuencias de la Historia

La futura madre que abandona el país precipitadamente en julio de 1866 vivirá en Europa la eclosión de su cuadro psicótico del que nunca tuvo signo alguno en México, y el nacimiento de un hijo que nunca vería, ni criaría y cuya identidad, a pesar del misterio de que la rodeó la Casa Real belga, llegaría a saberse: el general Maxime Weygand (1867-1965), protagonista de una muy prestigiosa carrera en el ejército francés. En 1920 ingresó a la Academia Francesa. Al parecer, siempre ignoraría su origen, pero su enemigo, el general Charles De Gaulle, que le negaría a su muerte los honores militares debidos a su rango, sí que lo conocía. Cuando, en 1963, su ministro de Defensa Pierre Mesmer comentó que “la campaña de México no había aportado nada a Francia”, De Gaulle respondió: “-¡Perdón, nos aportó a Weygand!” (9). Durante mucho tiempo se pensó que el padre sería algún general mexicano conservador. El profesor Pierre Pichot, que alguna vez acompañó al general Weygand a la salida de una recepción en casa de

nuestro maestro Jean Delay, me comentó “que tenía un evidente aspecto mexicano”. Fue hasta finales de los años 1970 que el historiador francés André Castelot, al preparar su muy documentado “Maximilien et Charlotte du Mexique. La tragédie de l’ambition”, obtuvo la confesión del ex-rey Leopoldo III: “-Weygand es hijo del general Van der Smissen”. Este militar belga residió en México en 1866 y la publicación que hizo el historiador francés de la foto de ambos no deja la menor duda (9).

¡Curiosa y triste condición la de la pareja imperial en tanto que progenitores! Un año antes del hijo de Carlota, nació el que Maximiliano tuvo con María Ana Leguizamo, la muy joven y bella esposa del jardinero de la villa “Olindo”, en las afueras de Cuernavaca, la única propiedad personal que aquél tuvo en México. Este personaje novelesco que recibió el nombre de José Julio Román de Jesús María Sedano y Leguizamo, vivió en Europa una vida agitada de endeudamientos e inestabilidad laboral. Muy parecido a su progenitor, fue secretario de Rubén Darío en el consulado de Nicaragua en París y perteneció, en la Primera Guerra Mundial, a la red de espías de Mata Hari, por lo que fue fusilado en Vincennes el 10 de octubre de 1917 (7). Cada uno, pues, de los hijos coetáneos de la imperial pareja vivió la Primera Guerra Mundial desde diferente trinchera. ¿Se encontrarían alguna vez?

La vida marital de Maximiliano y Carlota ha hecho correr mucha tinta y se han planteado varias hipótesis sobre su inexistencia en México. Sobresalen dos: Max sería tan homosexual como su hermano Luis Víctor, o bien, la ausencia de relaciones se habría debido a que, en el viaje que realizó, solo, al Brasil en 1860 antes de la aventura mexicana (Carlota se quedó en Madeira), habría contraído la sífilis (en su libro “Bahía 1860. Esbozos de viaje” escribiría que los días pasados en Brasil fueron, sin duda “los más felices de mi vida”), habiendo entonces acordado ambos evitar el contagio. Los jóvenes esposos, empero, se amaban tierna y sinceramente como prueba la publicación, en el año 2000, de su correspondencia inédita, la que tiene un enorme valor psicobiográfico (10). En las 311 cartas y 34 telegramas del emperador a su esposa, y 86 cartas de ésta a Maximiliano, se puede aprender mucho sobre los asuntos políticos que les tocó vivir y sobre el agudo sentido de observación de Carlota. A pesar de las incomodidades y de la torpeza o rusticidad de sus nuevos súbditos y de los miembros de su Corte, pareciera que ambos fueron felices en México. Algunas de las misivas cruzadas están originalmente en español. Sólo la última de ellas, de fecha 1 de

octubre de 1866, escrita en Roma, trasluce la quiebra mental:

“Tesoro entrañablemente amado:

Me despido de ti, Dios me llama. Te doy gracias por la felicidad que siempre me has dado.

Que Dios te bendiga y te haga ganar la gloria eterna.

Tu fiel Carlota” (10).

Tres meses después nacería su hijo.

En 1996, la historiadora belga Laurence van Ypersele, profesora de la Universidad Católica de Lovaina, publicó un libro sorprendente titulado “*Une impératrice dans la nuit*” que tradujo al español y editó por sí misma en 2010 la especialista del tema Martha Zamora, como “Una emperatriz en la noche. Correspondencia desde la locura de la Emperatriz Carlota de México. Febrero a junio de 1869” (8). Como bien señala Denise Jodelet en su Prefacio: “Al presentar una correspondencia de más de doscientas cincuenta cartas que escribió en espacio de unos meses, Laurence van Ypersele nos hace sentir, sin complejidades ni tecnicismos, la música de la desgracia íntima y de la muerte. La obra no es valiosa solamente por haber exhumado los archivos de la familia real de Bélgica y haber hecho accesibles documentos inéditos que corresponden a un momento en la vida de Carlota mal conocido por los historiadores. También tiene un propósito, nuevo y atrevido que se desmarca de una actitud corriente dentro de la historia en la que la indiferencia en un periodo de total retraimiento de la vida pública rivaliza con la desvalorización de episodios biográficos marcados por la locura”.

En pocas palabras, esta correspondencia es oro en polvo para el psicopatólogo que puede percibir en ella una realidad clínica que pareciera sobrepasar, por su riqueza, la mera etiqueta superinclusiva de “esquizofrenia”. Durante su largo encierro se juega en su mente una actividad fabulosa que transmite al papel; y esa graforrea, que por supuesto nunca alcanzó a sus destinatarios, muestra muchos de los elementos que Sergio Piro señaló en su famosa obra “El lenguaje esquizofrénico” (11). Estas cartas, que escribe incansablemente, no solamente son una muestra paradigmática de esquizofasia sino que hay que ver en ellas el deseo de vencer por la palabra su infausto destino, de ser rescatada de su dorada reclusión, de actuar en el mundo de la política de donde fue súbitamente exiliada. En su delirio los personajes se entremezclan, ella cambia su personalidad y se transmuta en ellos. Los acontecimientos de su vida se

enredan en ese torbellino en donde el Yo ha perdido sus límites. Escribe, por ejemplo, al general Douay: “Estuve embarazada nueve meses de la redención del Diablo, nueve meses de la Iglesia y ahora estoy embarazada del Ejército, hágame dar a luz en octubre”.

En el lapso en el que Carlota produjo el material rescatado por van Ypersele escribía cada día de una a veinte cartas. El lector descubre asombrado que el destinatario principal es un oficial francés: Charles Loysel, personaje secundón a quien los historiadores no habían prestado gran atención. Fue comandante del Estado Mayor francés bajo las órdenes del futuro mariscal Achilles Bazaine. En agosto de 1864 fue comisionado para acompañar a Maximiliano en su viaje a lo largo de su nuevo imperio. En la primavera de 1865 el emperador lo envía a Francia para convencer a Napoleón III de no retirar sus tropas. Al igual que la misión de Carlota poco después, Loysel fracasó. En marzo de 1866 regresa a México al servicio de Maximiliano y es ascendido a teniente coronel. Regresa a Francia en diciembre de 1868. ¿Qué trato pudo tener con este oficial la emperatriz Carlota? ¿Qué explicaría el papel protagónico que desempeñará en esa correspondencia delirante? En su libro “Yo, el francés. Biografías y crónicas. La Intervención en primera persona”, (12) el historiador franco-mexicano Jean Meyer, que estudió en los archivos del fondo *Expédition du Mexique* del Musée de l’Armée los expedientes de quienes participaron en la Intervención, lo cita brevemente como: “comandante, edecán de Maximiliano en 1866”.

Incluyo ahora solamente algunos ejemplos de esta correspondencia rescatada por van Ypersele que espera la atención y el cuidadoso estudio por parte de la psiquiatría. Curiosamente, Maximiliano aparece muy poco en ella. Van der Smissen en una ocasión. Jamás el hijo.

(A Loysel):

18 de marzo:

Le hago un nuevo llamado. Todo el mundo se consagra al suicidio. La humanidad no se salvará por ese medio, tiene la vida de un Dios como garantía de futuro. No debería ser un hecho que las obligaciones nacionales reúnan a los hombres más nobles y más necesarios. Me uno, además, a la voluntad general y estoy en la mejor disposición de suicidarme también de la única manera que considero aceptable: la inanición. Espero que este sacrificio que, si no es aceptado es por lo menos ofrecido, cierre las heridas

del mundo. [...] Lo repito, si todo el mundo está en la vía del sacrificio yo no me quedaré atrás pero piensen que si cada uno se sacrifica doblemente ante su vecino y nadie se ayuda, todo el género humano se extinguirá”.

3 de marzo:

“Mi bienamado:

Una vez que te he recuperado milagrosamente, la Providencia te llevará estas líneas para asegurarte de mi apego tierno y constante. Mi pensamiento y mi corazón no han dejado de pertenecerte y completarás mi felicidad cuando reciba de ti unas líneas que me probarán que, unidos siempre por el mismo afecto, hemos recuperado la posibilidad material de demostrárnoslo y de gozar de nuevo de su crecimiento. Te envío el pequeño medallón que representa mi mirada de niña; puedes usarlo con placer y pensando en mí. Es el reflejo de la mirada del alma que no se separa nunca de ti.

Que Dios nos bendiga a los dos, que me haga llegar noticias tuyas y cree en mí siempre. Con tierno afecto, Carlota”.

14 de abril:

“Debo hacerle saber que sí, el día que venga por mí, me dan café con leche saturado de morfina, como el que tomé esta mañana, que éste me hinche las entrañas, me haga palidecer, me oscurezca los ojos, me blanquee la lengua y que yo no quiera más que se añadan estos síntomas a la intensidad del miedo. Me parece que con los francos que solicito constantemente y los que deseo tener, hay con qué saldar las cuentas de la farmacia y otras. No creo merecer que se me juzgue tan bajo como para deteriorarme las entrañas, ésta que es la más cobarde infamia que se puede cometer. Porque sabe usted lo que como, tomo esta taza y nada más hasta las seis horas de la tarde. Si me ponen ante la mirada todos los platos con los venenos más violentos, los reviso todos, los conozco lo suficiente para no equivocarme, los huelo y los rechazo, es mi derecho, pero me deben mantener la vida del cuerpo con otra cosa además de la morfina. Sé por qué me la dan, es lo que me enoja. No produce dolor sino que adormece la fuerza de voluntad; eso es lo que me ofende”.

“Deseo ser crucificada con gusto, por ustedes, si es necesario y también por los franceses, pero no por [...] Bélgica, en donde no recibí, después de ser conducida ahí traídoramente, más que villanías, ignominias,

dolores, humillaciones. Debo decir abiertamente que debo ser vista como Cristo, como Rey de los Judíos, de los flamencos o de los belgas, como se les quiera llamar. No escucho más aquí que a los flamencos y la muerte en una cruz, en la horca, fusilada, como quieran, preferiría este último [...] Que este juego de calvario que practican conmigo acabe”.

23 de abril:

“Le pido en matrimonio porque son siempre los francos quienes pidieron la mano de los bretones y no los bretones la de los francos, pero se considera que los bretones concedieron la mano que les fue pedida cuando se encontraron en buena disposición”.

“Debo, Loysel, con la sinceridad con la que me dirijo a usted, decirle que si consiente en tener por cónyuge un hombre en lugar de una mujer, es al emperador que Dios destinó la suya y por ello, que usted la habría desposado. Todos los matrimonios a unir y separar, lo son por el poder de las llaves de San Pedro en la Tierra, como en el cielo, pero aquello que el hombre ha unido, Dios lo puede separar [...] Por lo que respecta a su matrimonio y el mío, le señalo solemnemente que se les retiró la bendición, a uno y otro, en la Tierra y en el cielo, porque se crearon por conveniencias pasajeras que Dios definitivamente no realizó. Así se concluye que somos usted y yo los que Dios mismo ha unido por el tiempo y la eternidad [...] Tenga usted entonces dos cosas por seguro: quiero ser hombre, quiero desposarlo, usted será lo mismo que yo, nosotros seremos las dos almas más unidas que la Tierra haya creado. Usted podrá poner su porvenir, su honor tan grande, entre mis manos. Todo permanecerá sin mancha”.

5 de mayo:

“[...] Usted, Loysel, es el obstáculo que existe entre la ciencia y yo; usted es el dique que Dios ha puesto en el diluvio del mal, su alma debe ser la más bella que Dios ha creado. Yo lo amo y este amor se refleja en su semejanza; somos dos –yo sin la ciencia y usted con ella- y deseo vehementemente que usted la conserve, pues uno de nosotros debe tenerla, las dos almas más parecidas que Dios haya creado jamás. Después de nosotros dos vienen Max y la mujer de usted, ellos también se amarán. El emperador se le parece pero jamás he ahondado en su alma como en la de usted. Usted no se ha sumergido en el alma de su mujer como en la mía. Usted sabe que cuando nos dejamos, el 5 de junio de 1865 cuando fui a Puebla, nos habíamos visto durante un mes con la mayor honestidad del mundo,

ocupándonos entonces de política [...] esto es sólo para refrescar los recuerdos; yo le he dicho que me acuerdo del pasado que la involucra.

Le envío un abrazo, Loysel y soy su más fiel hermano y amigo,

C. Loysel.

Teniente-coronel del Estado Mayor” (10).

DISCUSIÓN

En su documentada monografía de 2012 Martha Zamora incluye un estudio del psiquiatra francés Pierre Lôo (1904-2007) sobre el caso de Carlota de México. Aunque murió once años después de que van Ypersele publicó su investigación en Bélgica, es evidente que nunca conoció su contenido, pues de otro modo no hubiera defendido, como lo hace en ese texto del que Zamora no aclara el origen (y que un amigo de Lôo, el historiador de la psiquiatría Jean Garrabé de Lara no ha localizado en la extensa bibliografía de este autor), el diagnóstico de ciclotimia y psicosis intermitente, procesos que se habrían desarrollado sobre un elemento constitucional de tipo paranoico, por lo que el mecanismo interpretativo debería considerarse como un delirio secundario. Concluye Pierre Lôo: “Por consiguiente, la psicosis maniaco-depresiva (sinónimo de psicosis intermitente o de locura de doble forma) manifestada anteriormente en forma de ideas de persecución, debía traer consigo una perturbación definitiva del fondo mental que realiza la demencia, la que, dado su origen (psicosis), debe entrar en el grupo de las demencias vesánicas, según la clasificación tradicional”. Conclusión más que sorprendente, muy lejos de los conceptos de la psiquiatría contemporánea y que sin duda haría desorbitar al “ojo clínico” de los especialistas seguidores del DSM.

Pero, por otro lado, ¿puede el drama personal e íntimo de Carlota resumirse en los “criterios diagnósticos” de un Manual Diagnóstico y Estadístico? ¿O podemos más bien considerar su delirio como un “acto de habla vacío” según el planteamiento de Germán Berrios y Filiberto Fuentenebro de Diego? (13) ¿O el mecanismo de la “doble articulación lógico-retórica” que plantean estos autores deberá ser tomado en cuenta para convertirse de ahora en adelante en un instrumento de gran utilidad para la psicolingüística, la psicopatología de la expresión y la psicohistoria?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Pani E. El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples. México: CIDE-FCE; 2004.

2. Pérez-Rincón H. Genealogías, herencias, historias. *Archivos de Psiquiatría*. 2004; 67(4):261-278.
3. Alvarez G, Ceballos FC, Quinteiro C. The role of inbreeding in the extinction of a European royal dynasty. *PLoS ONE* 2009; 4 (4): e5174.
4. Herrera F. La huella perenne. Las enfermedades mentales en mil doscientos años de patografía y sucesión. Caracas: Monte Ávila Editores; 1973.
5. Vallejo A. Locos egregios. Barcelona: Salvat Editores SA; 1953.
6. Hamann B. Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867. México: FCE; 1994.
7. Zamora M. Maximiliano y Carlota. Memoria presente. México: Martha Zamora; 2012.
8. Van Ypersele L. Una emperatriz en la noche. Correspondencia desde la locura de la emperatriz Carlota de México. Febrero a junio de 1869. México: Traducción y edición de Martha Zamora; 2010.
9. Castellet A. Maximilien et Charlotte du Mexique. La tragédie de l'ambition. Paris : Librairie Académique Perrin; 1977.
10. Ratz K. Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota. México: FCE; 2003.
11. Piro S. El lenguaje esquizofrénico. Traducción de Carlos Martínez Moreno. México: FCE; 1987.
12. Meyer J. Yo, el francés. Biografías y crónicas. La Intervención en primera persona. Tiempo de memoria. México: Tusquets editores; 2002.
13. Berrios GE, Fuentenebro de Diego F. Delirio. Historia, Clínica, Metateoría. Madrid: Editorial Trotta; 1996.



“La emperatriz Carlota de México” por Franz Xavier Winterhalter, 1864. Museo Nacional de Historia, Ciudad de México. Como ha descrito Martha Zamora, “el pintor de los príncipes” no lo pintó teniendo frente a sí a Carlota, cuyo modelo embelleció artificialmente. Tomó apuntes de su rostro a su paso por París y, posteriormente, obtuvo un vestido del diseñador inglés Worth, del que copió los detalles, colocado sobre un maniquí. Su imagen más conocida es pues una contrahechura.

Recibido: 15/02/2013

Aceptado: 03/05/2013